

Esta carta es para usted



—¡Qué bien! El cartero ha echado algo en el buzón. Es una carta tan larga que no se puede leerla en un día. Está dirigida expresamente a usted y viene del extranjero, de muy lejos.

—¿De China... o de Australia...?

—¡No, de mucho más lejos!

—¿De la Luna, de Marte o de alguna remota galaxia?

—De más lejos aun!

—Bueno, ¿de dónde, entonces, viene esa carta?

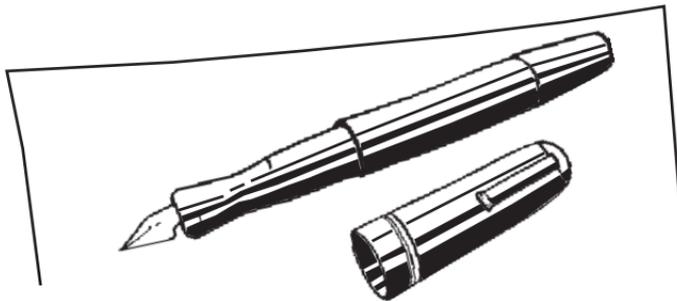


—De un país en el que nunca es de noche, en el que no se necesitan médicos, ni hay hospitales, ni tampoco cementerios, y en el que se celebra una fiesta eterna. La carta viene de la patria celestial. De la casa de Dios, en la que hay muchas moradas.

—¿Quién es el remitente?

—¡Nada menos que el **Dios Todopoderoso!** Él le conoce muy bien y le ama. Se complació en escribirle una larga y maravillosa carta. Él sabe exactamente dónde vive usted y la carta le está dirigida personalmente.

Una carta muy especial



—Recuerdo que una vez alguien me escribió una carta de veinte carillas. Esto ya es mucho, pero el mensaje que va dirigido a usted está constituido por cerca de 1.200 páginas. Ya lo habrá adivinado: esta carta es la Biblia.

—Pero, ¿viene realmente del cielo?

—Por supuesto. Tal vez usted piense que no es cierto, pues ha sido escrita por hombres, impresa en Inglaterra, en España o en Argentina, y traducida de manuscritos antiguos. Es verdad. Pero, ¿de dónde proceden los manuscritos? Proceden de Israel, de la tierra de Dios, donde vivieron los hombres que redactaron la Biblia.

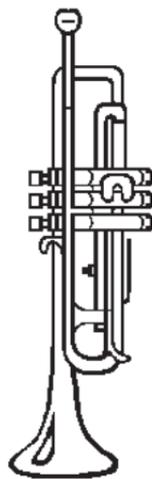
—Entonces, ¿de dónde viene la Biblia: de la tierra de Israel o del cielo?



—Veamos. Un director está en su oficina, dictándole una carta a su secretaria. Todo lo que dice el jefe, ella lo escribe fielmente. Al cabo de media hora, la carta está terminada y el director la firma. Seguidamente, es llevada al correo. Ahora bien: ¿quién escribió realmente la carta: el director o la secretaria? Quien no reflexione, contestará: «La secretaria». Pero, si uno lo piensa bien, dirá: «El director, pues él dictó la carta. La

secretaria sólo escribió lo que le dijo su jefe». Exactamente lo mismo ocurrió con la Biblia. Los hombres que redactaron los diferentes libros de la Biblia oyeron la voz de Dios mientras escribían, de modo que copiaron textual y exactamente lo que Dios decía. Por lo tanto, la Biblia no es una carta de autores humanos, sino la carta de Dios para cada una de sus criaturas. También para usted, claro está. Aquellos hombres percibieron la voz de Dios y escribieron, movidos por el Espíritu Santo.

La siguiente comparación le ayudará, quizá, a comprenderlo mejor. ¿Qué hace falta para que una trompeta pueda producir hermosas melodías? Es necesario que el músico sople en el instrumento. Así Dios **inspiró** (literalmente: «puso dentro de», «sopló») sus palabras a sus siervos. El aliento de Dios, su voz, era el soplo del Espíritu Santo en sus corazones. Es así cómo nos ha sido dada la Palabra de Dios. Los escritores de la Biblia fueron llenos de la inspiración divina, y «movidos por el Espíritu Santo».



Una orquesta compuesta por un solo músico



Uno de mis amigos es músico y toca muy bien varios instrumentos. Con su grabadora ha hecho un experimento muy interesante. He aquí lo que me explicó:

—Primero tomo el oboe y grabo en la cinta la primera voz. Luego, sin borrar lo primero, toco en la misma cinta una voz de contralto. Y así voy añadiendo un instrumento tras otro hasta que

toco el bajo. Ahora hay ocho instrumentos en esta cinta. ¿Quieres escuchar el resultado?

De repente sonó una orquesta que tocaba maravillosamente. Como yo seguía sin comprender, le pregunté a mi amigo:

—¿Qué orquesta es?

Él, riéndose, me dijo:

—¡Soy yo! ¡Nadie más que yo!

Era algo realmente extraordinario: una orquesta completa compuesta por una sola persona, pero con distintos instrumentos.

—Sí —dijo mi amigo—, conozco a alguien que realizó una grabación con treinta instrumentos. Era una sinfonía completa, tocada con muchos instrumentos, pero por un solo músico. Un mismo artista tocó muchos instrumentos distintos, obteniendo de cada uno las notas exactas.

Pues bien, otro tanto ocurre con la Biblia. Ha sido escrita por cuarenta autores distintos, pero todos estaban animados por el Gran Artista: **DIOS**. Su aliento ha sido el Espíritu que movió a cada uno de esos cuarenta instrumentos. Éste es el **MILAGRO** de la Biblia. Por lo tanto, ella no es la voz de los hombres, sino la de Dios. Más aun: es la Palabra, la perfecta expresión del Dios viviente.

El contenido de la carta

La calle y el número de la casa:

La Biblia dice: **“Yo conozco... dónde moras”** (Apocalipsis capítulo 2, versículo 13).

“Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo. Detrás y delante me rodeaste” (Salmo 139:2, 3 y 5)*.

¿Existen, acaso, señas más exactas? Son las más personales que pueda haber. No son las señas del hombre exterior sino de su propio corazón.

Nombre y apellidos:

La Biblia nos llama: **“débiles”** (sin fuerza alguna para salvarnos), **“impíos”** (sin el verdadero temor de Dios) y **“pecadores”** (Epístola a los Romanos 3:9-20).

Además, el mismo Señor revela lo que hay en el corazón humano: **“Porque de dentro... salen los malos pensamientos, los adulterios..., los hurtos..., la envidia, etc.”** (Marcos 7:21-23). ¿Puede hablarse con mayor exactitud? ¡Resulta casi imposible! Pero aquél es el nombre suyo, y esto último es el estado de su corazón.

* Las citas bíblicas están indicadas entre (). El nombre indica el libro, el primer número señala el capítulo; los siguientes, los versículos.

El fallo condenatorio

Entonces, ¿esta carta de Dios es una sentencia condenatoria? Efectivamente es algo terrible, pero es verdad.

Dios conoce todo el mal que usted ha cometido; y no sólo tiene en cuenta los hechos, sino también los pensamientos pecaminosos. A causa de todos sus pecados usted ha sido condenado a la cárcel. Y la cárcel de Dios es el fuego que no se apaga nunca. ¡Deténgase un momento —nada más que un momento— y piense en lo horrible que es este juicio!

¿Comprende usted que ha merecido todo esto?

Sin embargo, quienquiera que confese sinceramente que está perdido y que es culpable ante el Dios santo, hallará que para él hay una Buena Nueva.

Gracia y perdón

Hay un hecho cierto: Jesucristo, el Hijo de Dios, fue rechazado y crucificado por aquéllos a quienes vino a salvar.

Al estar clavado en el vil madero, Dios le castigó. ¿Era Él culpable? ¡No, en absoluto! Era inocente, sin mancha ni pecado.

¿Por qué, entonces, fue desamparado por Dios? ¿Por qué tuvo que encararse con la muerte y el juicio? Lo hizo para salvarnos; Dios cargó sobre sus hombros inocentes la tremenda carga que nosotros no podíamos acarrear: la de todos nuestros delitos y rebeldías: **“El castigo de nuestra paz fue sobre él”** (Isaías 53:5).

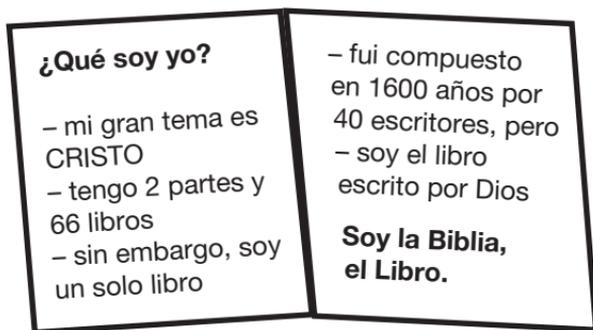
Más de mil promesas

Éste es el mensaje central de la carta divina:

1. **Usted es pecador**; ha transgredido los mandamientos divinos, por lo que **Dios debe condenarle**. Si no lo hiciera, no sería **santo ni justo**.
2. Pero **Dios es amor** (1ª epístola de Juan 4:8) y quiere perdonarle todos sus pecados. Puede hacerlo —con toda justicia— ya que Alguien, su propio Hijo Jesucristo, sufrió el castigo y pagó la deuda por los pecadores.

El alcance de este perdón es válido para todo aquel que confiese sinceramente su culpa ante Dios y crea que el Salvador lo pagó todo por él en la cruz.

A cada uno que quiera aceptar este hecho, se le prometen riquezas abundantes: en la carta hay más de mil promesas de bendición. ¿Cómo responderá usted a este mensaje celestial?



Cómo nos llegó la Biblia

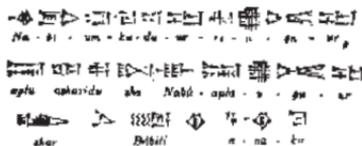
Si hace 5.000 años alguien quería escribir una carta, no lo hacía con papel y tinta, ni tampoco con las letras del alfabeto que conocemos.



En aquel entonces se empleaba la escritura cuneiforme. Cada grupo de letras tenía su símbolo especial.

Estos tres renglones en escritura cuneiforme de Asiria y Babilonia, significan: «Yo soy Nabucodonosor, hijo mayor de Nabopolasar, rey de Babilonia».

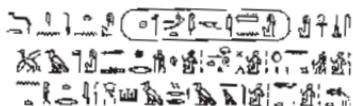
Tales caracteres eran cincelados en piedra o grabados en arcilla blanda, la que luego era cocida.



Se han excavado ciudades que estuvieron sepultadas bajo la arena del desierto durante siglos. En las ruinas de Nínive, de Ur

de los caldeos y de Babilonia se encontraron miles de tablillas de arcilla y también columnas de mármol, las cuales estaban cubiertas con esa escritura «cuneiforme» (en forma de cuña). Por su parte, los egipcios habían inventado otra escritura, llamada «jeroglífica», la que hallamos, por ejemplo, en los templos antiguos del valle del Nilo y en las pirámides.

Después de arduos trabajos, los científicos lograron descifrar esas escrituras, que son las más antiguas de la humanidad.



He aquí tres renglones de jeroglíficos egipcios.

Además de utilizar arcilla, piedra o madera, en siglos posteriores se escribió también sobre papiro, una especie de papel primitivo que se

hacía con las hojas entrecruzadas y prensadas de un junco que crece a orillas del Nilo: el papiro. Más tarde aún, se utilizó el pergamino, el que se hacía con pieles de animales curtidas de modo especial.

Primero se escribía en rollos, tanto de papiro como de pergamino, por desconocerse aún la encuadernación de las hojas en forma de libro.

Moisés fue el primer escritor de la Biblia. Leemos varias veces que Dios le encargó que escribiera en un libro (es decir, en un rollo de pergamino) las cosas que habían acontecido.

El pueblo de Israel tuvo el privilegio de reunir y guardar cuidadosamente los diferentes libros que componen el Antiguo Testamento, o sea la primera parte de la Biblia. Ésta fue acabada unos 400 años antes de Jesucristo.

El Antiguo Testamento está escrito en hebreo, salvo unos capítulos (de los libros de Esdras y de Daniel) que han sido redactados en arameo.

Los evangelios, el libro de los Hechos de los Apóstoles, las cartas apostólicas y el libro del Apocalipsis (o Revelación), los cuales constituyen el Nuevo Testamento, fueron redactados, poco después de la vida terrenal del Señor Jesucristo, en griego popular, porque esa lengua estaba muy difundida en aquel tiempo. El último libro de la Biblia fue escrito unos 95 años después del nacimiento de Cristo.

Moisés vivió unos 15 siglos antes del Mesías, por lo que podemos decir que la Biblia se escribió a lo largo de unos 1.600 años.

Durante este período, también se redactaron otros libros religiosos, pero éstos no forman parte de la Palabra de Dios.

¿Cómo lo sabemos?

Muy pronto, conducidos por el Espíritu de Dios que moraba en ellos, los creyentes supieron cuáles eran los libros que integraban la Biblia y cuáles no.

Así, los cristianos supieron distinguir entre los **libros canónicos** (o sea los que pertenecen al «canon» o lista de libros auténticos) y los **libros apócrifos** (o sea, dudosos o falsos).

Por sus datos históricos, algunos de estos libros apócrifos merecen ser leídos, pero el lector atento reconocerá muy pronto que no son como los demás libros de la Biblia. Contienen historias fantásticas,

cosas grotescas e incluso errores, cosas que uno buscaría en vano en la Santa Escritura.

Así, por ejemplo, uno de esos libros apócrifos termina con estas palabras: «Daré aquí fin a mi narración. Si está bien... eso quisiera yo, pero si imperfecta y mediocre, perdóneseme» (II Macabeos). Tal lenguaje es indigno de un autor inspirado por Dios. Tal como la poseemos, la Palabra de Dios escrita no salió, pues, de una congregación de Padres de la Iglesia, ni fue obra de concilios, sino de Dios, quien veló —a través de los siglos— sobre su revelación escrita.

Hace más de 500 años, el arte de la imprenta cambió la faz del mundo. Anteriormente, si alguien quería poseer una Biblia, tenía que copiarla a mano. Pocas personas sabían escribir y por eso tenían que encarar ese trabajo a copistas profesionales, cosa que requería mucho tiempo y costaba muy caro.

Por mucho cuidado que se pusiera en tal trabajo, era natural que se cometieran faltas, las cuales —muchos años más tarde— eran copiadas por otro escribiente, quien tal vez añadía las suyas propias.

Por lo tanto, era necesario cotejar todos estos manuscritos entre sí y encontrar los más antiguos, pues cuanto más cerca estemos del escrito original, tanto más seguros estaremos de que el texto es auténtico.

¡Como en el lejano oeste!

La noche, densa en misterios, ha caído sobre el desierto. De vez en cuando, los aullidos de un chacal rompen el silencio. Lenta y cautelosamente avanza una pequeña caravana entre dunas y matorrales de espinos.

Cada uno de los guías árabes lleva dos pistolas a la cintura, pues las tribus de beduinos están en guerra unas con otras. Detrás de ellos sigue un europeo a caballo.

De repente suena una descarga. La caravana ha entrado en el territorio de los hijos del desierto. ¡Las balas silban! De un salto, los hombres se apean empuñando sus pistolas. El europeo carga su fusil, dispuesto a disparar. Arrastrándose por el suelo, los guías árabes siguen avanzando. Se oyen otros disparos. Luego, nada; el silencio más absoluto.

—¡Pronto! ¡A caballo y adelante!



Al galope tendido, la caravana se esfuma en la noche.

El europeo es nada menos que el conde de Tischendorf, de Leipzig, Alemania. ¿Buscará acaso aventuras en ese peligroso desierto de la península del Sinaí? En absoluto; sólo tiene una meta: el monasterio ortodoxo del monte Sinaí. Viaja desde Egipto con una caravana, pues ha oído que en el mencionado monasterio debe de haber antiquísimos manuscritos de la Biblia.

Por supuesto, hace ya siglos que tenemos el texto fundamental del Antiguo Testamento y poseemos cientos de manuscritos —totales o parciales— del Nuevo. Algunos de éstos datan del siglo IV después de Cristo. Tischendorf ya los había examinado todos, pero buscaba uno que fuera más antiguo, más próximo todavía al texto redactado por los apóstoles.

De hecho, quería tener mayor apoyo documental respecto de ciertos términos del texto griego, y no descansó hasta hallarlas.

Al fin, llegó al monasterio. Por medio de una cesta le subieron hasta la entrada, situada a bastante altura para mantener alejados a visitantes indeseables.

Tischendorf permaneció entonces entre los monjes ortodoxos, quienes le permitieron investigar a sus anchas en la gran biblioteca.

Así, durante semanas, estuvo buscando y buscando, sin hallar lo que le interesaba. ¿Había hecho tan largo viaje en vano?

Finalmente, poco tiempo antes de marcharse, descubrió en un cesto de papeles (¡cuyo contenido iban a tirar al horno!) unos pergaminos magníficamente escritos. Nunca había visto una caligrafía tan hermosa y tan clara. Era una copia muy antigua de la Biblia que contenía la mayor parte del Antiguo Testamento y todo el Nuevo. Tischendorf pensó que databa del tiempo inmediatamente posterior a los apóstoles y que tal vez se trataba de una copia directa del texto original.

En una visita ulterior, en 1859, y tras una paciente y larga búsqueda, el sabio alemán halló —escondido en una celda— el resto de este magnífico manuscrito, llamado después **Códice Alef** o **Sinaítico**. Por fin era posible tener una versión exacta del Nuevo Testamento, valiéndose de esos textos originales.

Tischendorf pudo llevar consigo todo el manuscrito. El mayor afán de su vida fue ver realizada la publicación de ese texto, para que todos pudiesen estudiarlo.

El Códice Sinaítico se conserva hoy en el Museo Británico de Londres. Consta de un total de 346 páginas, con un texto a 4 columnas.

+ KATA IOANNHN +
+ + +

ΗΜΑΡ ΚΗΝΩΝΟΛΙ ΘΑΚΜ
 ΚΑΙ ΘΓΟCΗΠΡΟCΤΗΜΩΝ
 ΑΝΕΜΑΡΚΗΝΘΑΟΓΟC ΘΥΓΟ
 ΠΑΝΤΑΛΑΥΤΕΥΕΓΕΝΕ
 ΤΟCΑΙΧΩΡΙΑCΑΥΤΟΥΕΓΕ
 ΜΕΤΟΥΛΩΕΝΕΓΕΓΟΜ
 ΕΝΑΥΤΩCΩΝΗΚΑΙΝ
 ΧΩΝΗΝΤΟΦΩCΚΑΙΤΟ
 ΦΩCΕΝΤΑCΚΟΓΙΑΦΑΙ
 ΝΕΙΚΑΙΝCΟΤΑΜΑΥΤΟ
 ΔΥΚΑΙΝCΟΤΑΜΑΥΤΟ
 ΤΟΚΑΤΕΛΕCΘΗΑΓΕΝ
 ΤΟΔΑΝΗCΠΟCΑΤΕCΤΑ
 ΜΕΝΟCΝΑΙΛΟΥCΝΟΜΑ
 ΑΥΤΩΙΩΑΝΗCΘΥΤΟC
 ΛΑCΘΕΙCΜΕΤΥΤΟC
 ΙΝΑΜΑΡΤΥΡΗCΟΥΝ
 ΦΩΤΟCΙΝΑΝΑΝΤΕCΠΥ
 ΕΤΕΥCΩCΙΝΑΙΤΟΥΤΟΥ
 ΔΥΚΗΜΕΚΕΙΝΟCΤΟΥ
 ΛΑΙΝΑΜΑΡΤΥΡΗCΟΥ
 ΙΤΟΥΦΩΤΟCΗΝΤΟC
 ΟΛΑΜΕΙΝΟΝΟΦΩΤΗ
 ΣΗΝΑΝΤΑΙΝΟΦΩΤΗ
 ΧΟΜΕΝΟCΙCΤΟΝ
 ΗΝ ΕΜΤΩΚΟCΜΩΗΝ
 ΙΟΚΟCΜΟCΑΙΤΟΥ

Juan

- 1 En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios.
- 2 Este era en el principio con Dios.
- 3 Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.
- 4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.
- 5 La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.
- 6 Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.
- 7 Esto vino por testimonio, para que diese fe de la luz, a fin de que todos creyesen por él.
- 8 No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.
- 9 Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venia a este mundo.
- 10 En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció.

Aquí ve usted el principio del Evangelio según Juan (capítulo 1:1-10), tal como los escritores de la Biblia lo redactaron. Las letras están reducidas a la mitad de su tamaño original. Primero se lee: Kata Yoannen (según Juan). Luego empieza así: En arje en to logos (En el principio era el Verbo).

Tanto la Biblia como el Señor Jesucristo se llaman «El Verbo» (la perfecta expresión de Dios), porque ambos nos revelan lo que Dios es.

Traducción de la Biblia

La traducción de la Biblia es un trabajo difícil. En los manuscritos más antiguos, tanto el texto hebreo del Antiguo Testamento como el griego del Nuevo está escrito únicamente con letras mayúsculas (llamadas «unciales»). Además, están colocadas muy juntas, sin puntos ni comas. Por lo tanto, resulta difícil distinguir dónde comienza y dónde termina una frase.

En el alfabeto hebreo no hay vocales (a, e, i, o, u), sino sólo consonantes (b, c, d, l, m, etc.). Las vocales deben sobreentenderse. Más tarde, para facilitar la lectura, se inventaron los llamados «puntos vocálicos», pero su colocación no siempre fue exacta.

Esto explica, por ejemplo, por qué en las versiones antiguas traducen el nombre del Señor por «JEHOVA» y en otras más modernas por «YAHVEH». En hebreo se puede leer de estas dos maneras:

leHoVaH o laHVeH

ya que en hebreo se escribe IHVH. Del mismo modo, en español, Génesis 1:1 se escribiría así:

NLPRNCPCRDSL SCLSLTRR

¿Reconocería usted en estas letras la frase siguiente:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”?

Por consiguiente, podemos estar sumamente agradecidos a los sabios que buscaron y estudiaron continuamente estos textos para darnos una traducción cada vez más exacta de la Biblia.

El libro para el mundo

Escrito por cuarenta hombres,
traducido por cientos,
impreso por miles,
leído por millones de seres humanos.

En 1527, cuando los ejércitos del emperador Carlos V saquearon la ciudad de Roma, sólo había unas quince traducciones de la Biblia. En 1600, durante el reinado de Felipe III, ya se habían traducido las Sagradas Escrituras a cuarenta idiomas, mientras que un siglo más tarde no pasaban de cincuenta y dos las traducciones. Luego se fundaron muchas sociedades bíblicas y misioneras en toda Europa y los misioneros enviados por el Señor anunciaron las Buenas Nuevas de la salvación por el mundo entero. Una de sus primeras preocupaciones fue la de tener en las lenguas nativas los evangelios, luego todo el Nuevo Testamento y, finalmente, la Biblia completa. Así, una legión de lingüistas iniciaron la ardua tarea de traducir la Biblia a diversas lenguas.

En 1661 se publicó la Biblia en nipmuc, dialecto de un grupo de indios norteamericanos. Más tarde, fue traducida al etíope; luego al tamil para los hindúes. En 1744, los esquimales de Groenlandia recibieron parte de las Sagradas Escrituras en su propio idioma.

Un traductor puede terminar su obra en tres años; otro, en cambio, por las dificultades intrínsecas del

idioma, trabajará durante toda su vida. Casiodoro de Reina, exiliado en Suiza e Inglaterra, tardó nueve años en darnos la primera versión castellana de toda la Biblia, basada en los textos originales.

Resulta difícil —por no decir imposible— citar con exactitud todas las lenguas y dialectos a los que la Biblia ha sido traducida; por ejemplo: chino, sánscrito, urdu, nsenga, mpotó, omene, bruy-bhasa, mapuche, aymará, etc.

En 1800 existían 75 versiones bíblicas; un siglo más tarde (1900), ya eran 567; en 1953, había más de 1.160 y actualmente (2003) superan las 2.400.

¿Quién habla?

Fuera de la Biblia, no hay libro alguno en el que aparezcan estas palabras: **“Así dice el Señor”**, afirmación que se repite centenares de veces.

En el pequeño libro de Malaquías (reducido por su tamaño, no por su mensaje) aparece esta expresión 24 veces; 22 de ellas bajo la forma: “así dice Jehová de los ejércitos” (o sea: el Señor de las huestes celestiales).

La Biblia afirma, pues, que Dios habla por medio de ella. Si no fuera verdad, la Biblia sería el libro más mentiroso que existe. Ahora tiene usted que decidirse: o la Biblia es toda verdad y procede de Dios, o es el libro más malo e impío del mundo.

Las cuevas de Qumrán



Uno de los cántaros hallados

En 1947, un joven pastor árabe que se había extraviado en la región del mar Muerto, descubrió, en unos acantilados cercanos a las ruinas de Qumrán, la entrada de una cueva que aún no había sido explorada.

Se arrastró por esa abertura y en el interior de la cueva halló una serie de cántaros de barro que contenían unos antiquísimos rollos de pergamino.

Más adelante se supo que, en los primeros siglos de nuestra era, se solía esconder de este modo los libros sagrados, para evitar que fuesen robados y destruidos en tiempo de guerra.

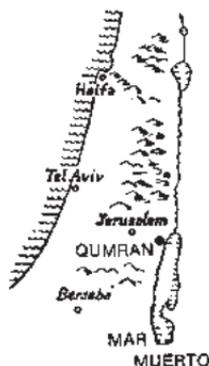
El muchacho se llevó uno de esos rollos a la ciudad más próxima, que era Belén, asombrándose por el interés que tenían los anticuarios por esas tiras de cuero viejo. Y se habría sorprendido aún más de haber visto más tarde las reacciones de los sabios en el mundo entero.

En efecto, su descubrimiento desató una afanosa búsqueda, una continua rivalidad entre los buscadores —ansiosos de ganar mucho dinero con esos valiosos manuscritos— y los sabios que querían hallarlos intactos y en su sitio original.

En el curso de los años se descubrieron en esa región nuevos escondites, y el precio de los rollos aumentó enormemente.

Según decíamos, el sensacional hallazgo de los rollos del mar Muerto conmovió al mundo de los eruditos, y aun hoy día se trabaja para descifrar esos textos.

Para nosotros, el rollo que contiene el libro del profeta Isaías es el más importante de todos. Éste se conserva en la biblioteca de la Universidad de Jerusalén.



Mediante complicadas investigaciones se descubrió que este rollo fue copiado cerca del año 100 antes de Cristo. El manuscrito es de unos 1.000 años anterior al más antiguo del que disponían los traductores antes de este descubrimiento.

Frente a los expertos que sostenían que la Biblia está llena de errores, se demostró una vez más la falsedad de tal afirmación. Ellos pensaron que esos viejos manuscritos demostrarían que no había nada verdadero en el libro de Isaías, pero, ¿cuál fue el resultado de las investigaciones? Se pudo comprobar que esos antiguos documentos son una evidencia más de la autenticidad y de la exactitud de las Santas Escrituras.

La Palabra de Dios es como una roca. Es inmovible.

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35).

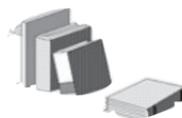
Crítica de la Biblia

Puede ser que usted diga: —Todo esto está muy bien, pero hay personas mucho más sabias que usted, las cuales afirman que la Biblia es obra humana, con sus faltas y errores correspondientes. Y, al parecer, aportan pruebas científicas.

Ante todo, deseo preguntarle: —A quienes hacen tales afirmaciones, ¿les ha oído hablar con amor y respeto de Jesucristo, el Hijo de Dios? Créame usted: al criticar la Biblia, esos hombres intentan justificarse y anular el poder de la Palabra de Dios que les condena. Odian tanto al Hijo de Dios como a Dios mismo (Juan 15:22-24), por cuanto Él declara que somos pecadores perdidos (Juan 7:7) y que Le necesitamos.

Pensar que ha de vivir con total dependencia de Dios es algo que molesta al ser humano, hasta el momento en que abre los ojos ante la realidad. Entonces puede alegrarse sabiendo que el Hijo de Dios vino al mundo, lleno de gracia y de verdad, para salvar lo que se había perdido; que vivió haciendo bienes, que dio su vida en rescate por el pecado y que resucitó al tercer día. Cuando estas verdades llegan a ser una realidad en la vida del hombre, llevado por el Espíritu Santo, entonces cree que la Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios.

El libro para todos los pueblos



Se dice que hay entre 5.000 y 7.000 idiomas y dialectos en el mundo. Actualmente (2003) la Biblia se ha traducido, total o parcialmente, a unas 2.400 lenguas.

En las páginas siguientes se dan muestras del mismo texto bíblico traducido a varios idiomas. Se trata del versículo 16 del capítulo 3 del evangelio según Juan:

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.



Este texto es llamado a menudo «el corazón de la Biblia». Aquí se encuentra uno ante el amor de Dios; un amor tal que le llevó a darnos a su Hijo unigénito, para que nadie perezca, sino que todos puedan ser salvos al confiar plenamente en su obra redentora.

ALEMÁN

Alemania

Denn so hat Gott die Welt geliebt, dass er seinen eingeborenen Sohn gab, damit jeder, der an ihn glaubt, nicht verloren gehe, sondern ewiges Leben habe.

ÁRABE

Egipto

لَإِنَّهُ هَكَذَا أَحَبَّ اللَّهُ الْعَالَمَ حَتَّى بَدَّلَ ابْنَهُ الرَّجِيدَ لِكَيْ
لَأَبْهَاتِكُمْ كُلِّ مَنْ يُؤْمِنُ بِهِ بَلْ تَكُونُ لَهُ الْحَيَاةُ الْأَبَدِيَّةُ ♦

AIMARA

Perú

Diosajj aca mundor wal munatap laycuw mä sapa Yokapar qhitani, take qhitinacatejj jupar creepqui ucanacajj jan chhakhañapataqui, jan ucasti wiñay jacañaniñapataqui.

BIRMANO

Myanmar

ကသ္မာဝံသဒ္ဓဟန္တိ သဗ္ဗေ အဝိနာသေတွာ
အနုန္တိဗြဟ္မာသိတုံ ဒေဝေါ သကောကဋ္ဌာတ
ပုဂ္ဂို ခတွာ လောကမေတ္တကပေမေသိ။

CATALÁN

España

Perquè Déu ha estimat tant el món, que ha donat el seu Fill Únic perquè tot el qui creu en ell no es perdi, sinó que tingui vida eterna.

FRANCÉS

Francia

Car Dieu a tant aimé le monde, qu'il a donné son Fils unique, afin que quiconque croit en lui ne périsse pas, mais qu'il ait la vie éternelle.

GRIEGO MODERNO

Grecia

Διότι τόσοσν ηγάπησεν ο Θεός τον κόσμον, ώστε έδωκε τον υιόν αυτού τον μονογενή, διά να μη απολεσθή πας ο πιστεύων εις αυτόν, αλλά να έχη ζωήν αιώνιον.

GUARANÍ

Paraguay

Tupã Ñandeyara voí ojhayihú etereígui umi yvyporacuérape, omẽ'ẽ itayra peteĩ jha'eñomívape, icatú jhãguã opá oyeroviava güivẽ jhesé, aniché ocañy (ojho añá retãme), jha ojhoma vaẽrã pe jhecové opavey jhãguãme.

HEBREW

Israel

כִּי-אֱהַבָה רַבָּה אֱהָבָה הָאֱלֹהִים אֶת-הָעוֹלָם עַד-
אֲשֶׁר בָּרַח אֶת-יְהוּדָה לְמַעַן אֲשֶׁר לֹא-יָאָבֹד
כָּל-הַפְּאֵמָן בּוֹ כִּי אִם-יִהְיֶה חַיִּי עוֹלָם :

HINDI

India

क्योंकि ईश्वरने जगतको ऐसा प्रेम रक्खा कि उसने
अपना एकलौता पुत्र दिया कि जो जोई उसपर विश्वास
करे सो मात्र न होय परन्तु अनन्त जीवन पावे ।

INGLÉSInglaterra

For God so loved the world that He gave His only begotten Son, that whoever believes in Him should not perish but have everlasting life.

JAPONÉSJapón

それ神はその獨子を賜
世を愛し給へり。すべて
る者の亡びサして永遠の
んためなり。

LATÍNItalia (Imperio romano)

Sic enim dilexit Deus mundum, ut Filium suum unigenitum daret ut omnis qui credit in eum, non pe-reat, sed habeat uitam aeternam.

PORTUGUÉSPortugal

Porque Deus amou o mundo, de tal maneira, que deu o seu Filho unigénito, para que todo aquele que nele crê não pereça, mas tenha a vida eterna.

RUSORusia

Ибо так возлюбил Бог мир, что отдал Сына Своего единородного, дабы всякий, верующий в Него, не погиб, но имел жизнь вечную.

Limpieza a fondo

¡Qué triste aspecto tenían las paredes de su alcoba! Por doquier había indecentes dibujos y fotografías de escasa calidad. Un día vino a visitarlo su tío, el cual era artista pintor. Al ver aquel espectáculo se puso muy triste, pero no dijo nada. Unos días más tarde, el sobrino recibió un regalo de su tío: era un cuadro muy hermoso, una verdadera obra maestra. Lo colocó en un sitio de honor, en la pared de su habitación, para lo cual tuvo que quitar algunas fotografías.



Desde entonces parecía reinar en aquel cuarto una atmósfera más sana, un ambiente mucho más puro. Uno tras otro, desaparecieron los dibujos indecorosos. Ya no armonizaban con el cuadro.

Cuando usted empiece a leer la Biblia, puede ser que algo tenga que desaparecer de la pared o de la biblioteca de su casa. Y —¿quién lo sabe?— tal vez desaparezca también algo de cierto oscuro rincón de su corazón.

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

2 Corintios 5:17

“Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata. Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor”.

Hechos 19:19-20

La Biblia

El libro más interesante del mundo

—¡Mamá, no termines todavía! ¡Sigue leyendo! La historia es tan bonita... ¡Por favor, llega hasta el final!

—Sí, hijo, es una historia sumamente interesante. José, odiado por sus hermanos, es arrojado a un pozo; más tarde es sacado y vendido como esclavo en Egipto. Allí le echan en la cárcel, pese a ser inocente; pero, con todo, llega a ser gobernador de Egipto, salvando a su familia y a todo el país de un hambre espantosa.

En la Biblia puedes encontrar muchas, muchísimas historias maravillosas.

Piensa en los tres compañeros de Daniel que no quisieron adorar la estatua del rey, proclamando valientemente que sólo se debe adorar a Dios. Furioso, el rey mandó quemarlos en el horno calentado siete veces más de lo habitual y del que salieron ilesos.

La Biblia también es un libro muy interesante para los jóvenes.

La película de una vida

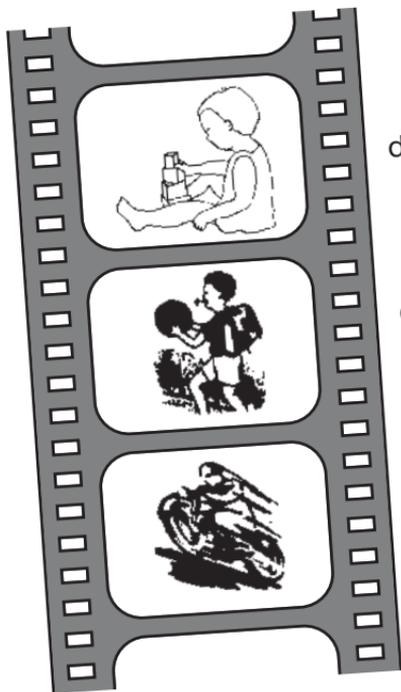
¿Encuentra el tiempo para leer la Biblia?
¿para aceptar el don de Dios?
¿para orar?

La vida es breve
pasa tan rápido
como una película.

¿Será demasiado tarde
algún día?

“Acuérdate de tu Creador
en los días de tu juventud,
antes que vengan los días
malos”.

Eclesiastés 12:1



demasiado joven

demasiado
despreocupado

demasiado
seguro de sí mismo



demasiado feliz

demasiado ocupado

demasiado preocupado

demasiado viejo

demasiado tarde

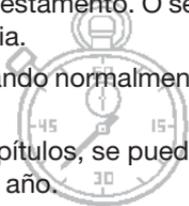
¿Cuántas horas... se necesitan para leer la Biblia entera?

La Biblia consta de unos tres millones de letras, 31.000 versículos y 1.189 capítulos.

Se necesitan unas 38 horas para leer el Antiguo Testamento y 11 horas para el Nuevo Testamento. O sea: 49 horas en total para leer toda la Biblia.

Si se quiere recitar la Biblia hablando normalmente, se requieren 70 horas y 40 minutos.

Si se leen diariamente cuatro capítulos, se puede leer fácilmente la Biblia completa en un año.



Carta a una joven extraviada

Cuando aún era joven, Lisa se escapó de su casa. Al principio todo le parecía muy interesante, veía cosas nuevas y hacía lo que le venía en gana. Pero poco a poco hizo tristes y amargas experiencias. Por más que se divertía con sus amigos y amigas, en lo más hondo de su ser sentía la nostalgia de una chica perdida.

Acabó viviendo en los barrios bajos de Chicago. Durante todos esos años, la madre esperaba el retorno de su hija. Habría querido ir en su busca, pero... ¿adónde?

El amor materno le dio una idea: escribiría una carta; pero... ¿adónde la enviaría? ¡Hacia tanto tiempo que no tenía la menor noticia de Lisa! Ni siquiera la Brigada social de la Policía podía localizarla. Había perdido su rastro por completo.

Entonces la madre mandó hacer numerosas fotografías suyas, en las que se veía su rostro envejecido por las aflicciones y pesares; las pegó sobre un papel de buen tamaño y escribió debajo, en letras de molde:

**¡VUELVE A CASA!
¡TU MADRE TE ESPERA!**

Luego recorrió las distintas tabernas de los barrios bajos de Chicago y pidió permiso para colocar su mensaje.

¿Serviría esto para algo? ¿Lo leería su hija? ¿Constaría a esta invitación?

Las tinieblas de la noche habían oscurecido las calles. En una taberna, una orquesta tocaba los últimos éxitos populares. Una mujer joven, con el alma vacía y de mala vida, frecuentaba esos ambientes. De repente, se detuvo, como alcanzada por un rayo. Allí en la pared, vio el retrato de una mujer anciana...



**¡VUELVE A CASA!
¡TU MADRE TE ESPERA!**

Lanzó un grito desgarrador: —¡Mamá!

Horas más tarde, Lisa había vuelto a la paz del hogar. Había sido perdonada y estaba en sitio seguro.

Tres palabras no es mucho.

Pero en tres palabras también está el contenido de la carta que Dios le envía:

¡VUELVE A CASA!

¡Alguien que ama de veras está esperando!

¿Incomprensible?

—La Biblia no es para mí —dijo Pedro a su compañero—, pues en ella hay muchas cosas que no puedo comprender.

Manuel meditó un momento su respuesta. De sobra, sabía que Pedro sólo buscaba una excusa.

El día anterior, precisamente, Pedro había robado manzanas de un huerto. Por lo tanto, Manuel contestó:

—Hay algo en la Biblia que puedes comprender muy bien.

—¿Qué es?

—¡No hurtarás!

Esta frase fue como una flecha en el corazón de Pedro.

Al pensar en las manzanas, calló y desapareció.

Salmo 23

de David

Jehová es mi pastor;
nada me faltará.
En lugares de delicados pastos
me hará descansar;
junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma;
me guiará por sendas de justicia
por amor de su nombre.
Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré mal alguno,
porque tú estarás conmigo;
tu vara y tu cayado me infundirán aliento.
Aderezas mesa delante de mí
en presencia de mis angustiadores;
unges mi cabeza con aceite;
mi copa está rebosando.
Ciertamente el bien y la misericordia
me seguirán todos los días de mi vida,
y en la casa de Jehová moraré
por largos días.

Éste es un salmo para los jóvenes. ¿Hay algo mejor para un joven que decir: “El Señor es mi pastor”?
Pero es también un salmo para personas mayores e igualmente para los moribundos: “Aunque ande en valle de sombra de muerte... ¡Tú estarás conmigo!”

¿Ha probado usted veneno alguna vez?

Todos sabemos que los polvos raticidas son un veneno muy fuerte. Sin embargo, ¿dirían algunos que es necesario haberlos probado para conocer el efecto que tienen? Quienes hablaran así serían tan necios como los que leen libros malos para saber lo que es el mal.

Un buen consejo: ¡No pruebe nunca raticidas!

Tampoco permita usted que malos programas y vanas lecturas entren en su casa, sino lea la Palabra de Dios. Nuestra salud moral y espiritual y nuestro estado psíquico dependen en gran medida de lo que vemos y leemos. También puede usted leer lo que experimentaron hombres y mujeres, movidos por la fe y por su amor al prójimo; en suma, libros que no contradicen al LIBRO, sino que le invitan continuamente a abrirlo.



La Palabra de Dios es viva y permanece para siempre, y nos señala el camino para alcanzar la verdadera felicidad.

Una carta de amor

El día de su cumpleaños, una princesa recibió de su prometido un pequeño paquete redondo. Lo abrió apresuradamente y dentro halló... ¡una bala de cañón! Decepcionada y enfadada, tiró la bala en un rincón de la habitación. Pero, al caer, la cubierta exterior se rompió y apareció una bala de plata. La tomó en seguida y, una vez en sus manos, la forzó un poco y... de la tapa salió una cajita de oro, la que no tuvo dificultad en abrir. Dentro de ella encontró un precioso anillo de diamantes y esta pequeña nota:

¡POR AMOR A TI!

Así piensan muchas personas: la Biblia no me gusta; muchas de las cosas escritas en ella son raras e incomprensibles. Pero quien no se detiene a la puerta de la mina, sino que la escudriña cuidadosamente, hallará hermosos tesoros y, al final, brillará para él el mensaje divino de la Biblia con excepcional resplandor:

¡POR AMOR A TI!

La mejor prueba

A la entrada de un viejo puente, una vendedora de frutas estaba sentada en su puesto. Mientras no venían compradores, solía leer la Biblia, por la que sentía gran respeto y devoción.

Movido por la curiosidad, un cliente le preguntó:

—¿Qué libro es el que usted lee siempre?

—Oh, señor, es la Biblia, la Palabra de Dios.

—Vaya, ¿y cómo sabe usted que la Biblia es la Palabra de Dios? ¿Quién se lo ha dicho?

—¡Él mismo!

—Pero... ¿ha hablado usted con Dios?

Al tener que demostrar a aquel hombre que la Biblia es realmente el mensaje de Dios, la anciana vendedora se quedó algo confusa. Pero alzó la vista y, señalando el sol resplandeciente, dijo:

—Caballero, ¿puede usted demostrarme que ése es el sol?

—¿Demostrárselo? ¡Muy fácil! La mejor prueba de que es el sol es que me da luz y calor.

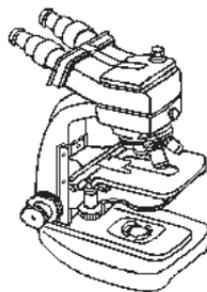
—Pues bien, ¿tiene usted razón! —exclamó ella. La mejor prueba de que este libro es la Palabra de Dios es que interiormente me da luz y calor.



En la Biblia no hay contradicciones

Ningún resultado de la Ciencia, ni de la **Arqueología** (el estudio de la antigüedad y la exhumación de sus vestigios), ni de la **Física** (el estudio de la materia y sus propiedades), ni de la **Geología** (el estudio de la forma y la naturaleza de la Tierra), ni de la **Astronomía** (el estudio de las estrellas) está en contradicción con la Biblia. Note el lector que hablamos de resultados científicos comprobados y no de simples teorías o hipótesis.

¿Podría ser acaso de otra manera? El creador y sustentador del Universo ¿podría contradecirse a sí mismo?



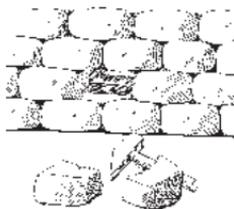
La Biblia es perfecta

Así como no hay necesidad de dorar el oro puro o de abrillantar los diamantes, tampoco se puede mejorar la Biblia.

No se necesita encender una lámpara para ver el sol; tampoco se requiere demostrar que él es el astro rey, pues lo prueba con su calor y su intenso resplandor. Lo mismo sucede con la Biblia: lleva el sello de Dios.

La Biblia emparedada

Hace algo más de un siglo, cuando aún no existía el túnel de San Gotardo que comunica Italia y Suiza, los que viajaban entre ambos países tenían que cruzar los Alpes por el paso del mismo nombre, cosa que tomaba mucho tiempo.



Los viajeros solían agruparse para efectuar tan largo y penoso recorrido. Así lo hicieron unos albañiles italianos que transitaban de la región de Lugano al interior de Suiza, para ir a trabajar allí. Entre ellos se hallaba un joven, llamado Antonio. Éste, en una etapa del viaje, sostuvo una conversación con una señora, quien le habló del Señor Jesús, lleno de gracia y de verdad. Pero a Antonio no le agradó el tema.

Con todo, la señora le regaló una hermosa Biblia en italiano, encuadernada en cuero. Pero ésta quedó en el fondo de la mochila de Antonio que nunca la leyó. Cuando hubo llegado a su destino, una pequeña ciudad llamada Glarus, trabajó en la construcción de un gran edificio. Con sus compañeros, Antonio llevó una vida disipada, burlándose de todo y de todos y blasfemando a lo largo del día. Cierta vez, mientras estaba reparando un muro, observó una abertura que estaba aún sin tabicar. De repente pensó en la Biblia que tenía en su mochila y dijo a sus compañeros: —¡Chicos! me voy a reír un rato. ¡He aquí la Biblia que me regalaron; voy a meterla en ese hueco!

Unas semanas más tarde, terminada la obra, Antonio se volvió a su tierra, cruzando nuevamente los Alpes.

El 10 de mayo de 1861, un terrible incendio estalló en Glarus. Ardieron 490 casas y muchas otras quedaron seriamente dañadas. Fue necesario reconstruir casi toda la ciudad.

A Juan, albañil venido del norte de Italia, le tocó examinar un grupo de casas que se habían derrumbado parcialmente. Al inspeccionar las paredes dándoles unos golpecitos a derecha e izquierda, de repente se desprendió un trocito de tabique y... apareció un libro, apenas chamuscado. Era una Biblia en italiano y Juan se preguntó cómo había ido a parar allí. Por cierto, él había tenido una Biblia hacía años, pero se la habían quitado.

—No me volverá a pasar —pensó; y se llevó el libro tan providencialmente hallado. En sus horas libres, Juan leía diligentemente la Palabra del Señor. Al principio no lo comprendía todo, sino parte de los evangelios y los salmos. De éstos aprendió a orar; no meramente a rezar, sino a hablar con el Dios vivo.

Al que es sincero y busca realmente a Dios, Él le ayuda. Por eso no pasó mucho tiempo hasta que Juan comprendió que no sólo era un pecador perdido ante el Dios santo, sino que todo cuanto hacía para salvarse estaba manchado por el mal. Así leía en el capítulo 3 de Romanos: **“No hay justo, ni aun uno... No hay temor de Dios delante de sus ojos... Por las obras de la ley (de Dios) ningún ser humano será justificado delante de Él...”**. También comprendió que **“de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga**

vida eterna". Al confesar al Señor sus pecados y rebeldías, Juan entendió que podía recibir el perdón por la fe en la obra redentora de Cristo. Y no se limitó a comprenderlo, sino que aceptó con honda gratitud ese perdón perfecto, experimentando lo que dice la Biblia: "**Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios**".

Cuando llegó el otoño, Juan regresó a Italia para estar con los suyos. Y no tardó en dar testimonio por doquier de la maravillosa transformación que Cristo había obrado en él. Cuando el tiempo se lo permitía, llenaba una maleta con Evangelios, Nuevos Testamentos y Biblias e iba por los pueblos cercanos para difundir las Buenas Nuevas de salvación. Así llegó un día a la región en la que vivía Antonio. Durante una feria, instaló un puesto con Biblias. Al pasar por allí, Antonio se detuvo un momento y dijo: —Biblias... A mí no me hacen falta; me basta con ir a Glarus, pues allí tengo una escondida en una pared. Tengo curiosidad por saber si el diablo habrá podido sacarla de su escondite.

Juan miró fijamente al joven. De pronto lo comprendió todo y le preguntó: —¿Qué diría usted si yo le mostrara esa Biblia? —No intente usted engañarme —dijo Antonio—; la reconocería enseguida, pues la tenía marcada. Pero... ¡el diablo no la sacará del muro!

Mientras sacaba la Biblia, Juan le preguntó: —¿Reconoce usted su señal, amigo? Antonio se quedó mudo de sorpresa al reconocer el libro.

—¿Ve usted? Mas esto no lo hizo el diablo, sino Dios, para que usted pudiera comprobar que él vive y que también quiere salvarle.

El antiguo odio que Antonio sentía contra Dios salió a relucir. Su conciencia le estaba hablando, pero gritó a sus amigos: —¡Vengan aquí! ¿Qué quiere este tío con su ridículo puesto de Biblias? En pocos segundos el puesto fue volcado y pisoteado mientras Juan recibía una fuerte paliza. Antes de que los espectadores reaccionaran, sus agresores habían desaparecido.

Antonio siguió rebelándose contra Dios.

Un día en que, como de costumbre, había bebido más de la cuenta, se cayó de un andamio de diecisiete metros de altura, resultando herido de gravedad. Le llevaron al hospital. Cuando Juan lo supo, le envió un paquete con un hermoso ramo de flores y más tarde fue a visitarle. El corazón de Antonio seguía duro como un pedernal, aunque el afecto que le demostraba Juan le impresionó mucho. Juan le visitaba todas las semanas y poco a poco Antonio empezó a leer las Sagradas Escrituras. Primero por puro aburrimiento, luego interesándose cada vez más.

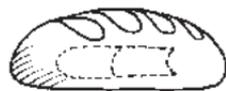
Un día, al leer el capítulo 12 de Hebreos, sus ojos tropezaron con el siguiente versículo: **“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él; porque el Señor, al que ama, disciplina”**.

Este pasaje obró como un aguijón en su conciencia. Convencido de que Dios le hablaba personalmente por medio del Libro, Antonio siguió leyendo y la Palabra del Señor (la que puede quebrantar al más duro pedernal) empezó a obrar en su corazón. Comenzó por reconocer su culpabilidad y la confesó al Señor. Aprendió también a confiar plenamente en la obra redentora de Cristo, y

halló la paz. Su alma se había curado, pero físicamente quedó impedido. Como ya no podía trabajar en su antiguo oficio, encontró otro trabajo más ligero que le permitió vivir decentemente. Más tarde, Antonio se casó con la hija de Juan. El hombre a quien había propinado una tremenda paliza era ahora su suegro y amigo.

Hace ya años que Antonio está en la patria celestial, y la Biblia que un día fue emparedada por él ha pasado a sus descendientes como la más preciada y preciosa herencia.

La Biblia en el horno



En el siglo XV, Jan Hus fue un profeta y un reformador, pero también el mártir de Bohemia. Por su claro testimonio, abrió los ojos a miles de personas y presentó con poder la obra redentora cumplida por Cristo.

Sin embargo, no fue largo el tiempo en que el Evangelio pudo difundirse libremente en aquel país. Jan Hus murió en la hoguera, la sangre de los cristianos corría a borbotones, y en todas partes se buscaban Biblias para quemarlas.

En aquellos tiempos, una mujer, cuyo mayor tesoro era la Palabra de Dios, estaba precisamente ante el horno para hacer pan cuando oyó que unos hombres registraban el pueblo y prendían a todos los que tenían una Biblia.

Resueltamente tomó la suya y, envolviéndola en una gran porción de masa, la introdujo en el horno. Después metió los demás panes. Apenas había terminado cuando

aquellos hombres irrumpieron en su casa, registrándola en vano desde la planta baja hasta el desván.

Tan pronto como salieron los perseguidores, la mujer sacó los panes del horno caliente y también la Biblia envuelta en la masa. Hecho notable: del mismo modo que Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron ilesos del horno ardiente al que habían sido arrojados, tampoco la Biblia había sido deteriorada por el fuego.

Los descendientes de aquella valiente mujer han conservado esa Biblia rescatada del fuego como una preciosa herencia.

El último heredero era un agricultor, checo de nacimiento, que vivía en Ohio (EE.UU.) y sentía un profundo respeto por el Libro.

La Biblia traspasada

—¡Es una vergüenza dispararle a una Biblia! ¡Eso no se hace!

—Pues yo creo que es algo magnífico —dijo un soldado—, pues a mí eso me salvó la vida. Estaba en el frente y nos arrastrábamos de una trinchera a otra cuando, de repente, sentí un rudo golpe en mi pecho, seguido de un dolor agudo. ¿Qué había pasado? Solía llevar mi Biblia en el bolsillo interior de la chaqueta, y si la bala no hubiese atravesado primero el Libro, se hubiera alojado en mi corazón. Mientras que así, sólo tuve una pequeña herida que sanó al poco tiempo. En esto veo claramente la mano de Dios. Esta Biblia agujereada me

salvó la vida dos veces: primero, al mostrarme el camino hacia el Redentor, y después, al interceptar la bala mortífera.

La Biblia vendida



Había empezado una época difícil para la señora Linner. Tras la muerte de su marido, se encontró en serios apuros. Ya había tenido que vender a un anticuario unos muebles de estilo y unas valiosas alhajas y hoy le entregó su Biblia, un ejemplar primorosamente encuadernado en cuero, que había recibido como herencia de sus padres.

Anteriormente había disfrutado con la lectura de la Palabra de Dios, sacando de ella las fuerzas necesarias, aunque últimamente ya no la leía.

Ahora está sola, meditabunda; sus pensamientos no dejan de dar vueltas en su mente. ¿No había cometido un gran error al vender este precioso libro? Está agitada. Comprueba que sus niños se han acostado y duermen apaciblemente. Entonces se viste de prisa, cierra el portón y va a la casa del anticuario para intentar la recuperación de su Biblia. Antes de llamar, echa una mirada por la ventana, y ¿qué es lo que ve? Cuatro hombres están alrededor de una mesa y Leví, el anticuario, está leyendo un libro que ella reconoce en seguida: es su Biblia. Parece que los cuatro hombres están burlándose de las «fábulas» del viejo libro.

Pero, poco a poco, se hace un gran silencio: Leví está leyendo un pasaje referente a la crucifixión del Señor Jesús. La agonía de Jesús en Getsemaní le oprime la

garganta. Está tan conmovido que empieza a llorar. Silenciosamente, sin despedirse, sus amigos se marchan.

¿Y la señora Linner?

Para ella es demasiado que se burlen de su Biblia. Sus ojos se llenan de lágrimas; su conciencia la acusa. Ahora, al oír nuevamente todo lo que padeció su Salvador por amor a ella, vuelve a casa y, doblando sus rodillas en oración, confiesa a su Señor y Redentor que ella le había olvidado.

Al amanecer, la paz y el gozo de la salvación han vuelto a su corazón. Recuerda que toda su deuda está saldada y que puede andar nuevamente con toda seguridad en pos de su Salvador.

Rápidamente va a casa de Leví para recuperar el precioso volumen tanto tiempo descuidado. Al entrar, se extraña de encontrar al anticuario en el mismo sitio, ante la Biblia abierta. No podía separarse del libro divino. Había seguido leyendo acerca del Cordero de Dios y visto cuánto padeció, hasta exclamar en la cruz: **“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”**. Había leído también el conocido capítulo 53 de Isaías: **“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados”**. Leví se entristeció mucho, por cuanto Le habían matado, siendo inocente, y recordó cómo él mismo se había burlado de Jesús esa noche. Por eso exclamó: —Oh, Jesús de Nazaret, ¿eres tú verdaderamente nuestro Mesías, el CRISTO prometido por Dios?

Así le encuentra la señora Linner. Atónita, ella se detiene en la puerta abierta, y Leví le dice: —Señora, acabo de hallar en su libro un tesoro mayor que el mundo entero.

Gozosa, le cuenta al anticuario cómo la noche anterior ella volvió a gozar del amor de su Salvador.

Huelga decir que la señora Linner recuperó su Biblia y que Leví se compró otra. Poco tiempo después, su misma mujer halló la paz por la sangre de Cristo y ambos esposos fueron bautizados.

Esta historia auténtica nos fue contada por Jacobo Ernesto Hausmeister, misionero cristiano entre los judíos, en Estrasburgo (Francia), poco antes de descansar en el Señor.

La Biblia flotante

Cuando atravesaba el puerto de Nagasaki, un oficial japonés mandó recoger un pequeño libro que flotaba en el agua. Se dio cuenta de que el idioma en que estaba impreso le era completamente desconocido. Averiguó aquí y allá para conocer el contenido del libro, pero nadie lo entendía; todo fue en vano.



Por fin, un comerciante chino pudo satisfacer en algo la curiosidad del oficial japonés, pues conocía unas pocas palabras de inglés. Comprendió que se trataba del «Libro de Jesús» que leían los extranjeros, y del cual existía también una traducción en chino. Aunque el oficial conocía sólo un poco del idioma chino, rogó al comerciante que le procurase tal libro. Así, tan pronto como el oficial recibió el Nuevo Testamento en chino, empezó activamente a aprender este idioma, practicándolo con la lectura diaria del libro. Sin que él lo supiera, el Espíritu Santo ya obraba en su corazón. Cuando terminó

la lectura del Nuevo Testamento, era un hombre feliz y sabía que el Señor Jesucristo le había salvado.

Por aquel entonces, para conservar la religión nacional estaba estrictamente prohibido introducir algún culto nuevo en el Japón. Pero el oficial no dejó de hablar de su Salvador y celebró reuniones para leer y meditar la Biblia con su familia y en el círculo de sus amistades. Así, el fuego del amor de Cristo brotó en numerosos corazones.

Más tarde hubo mayor libertad religiosa y hasta un misionero cristiano llegó a establecerse en Nagasaki, de modo que el oficial pudo hablar libremente del libro de Jesús y del gozo y la paz que había hallado en su Salvador. Fue uno de los primeros en confesar públicamente en el Japón que era de Cristo y demostró la autenticidad de su fe con su modo de vivir.

Así, una Biblia que flotaba en el puerto de Nagasaki fue el origen de ese despertar religioso. Ciertamente, el Evangelio es poder salvador para todo aquel que cree, es decir, que deposita su entera confianza en Cristo.

La Biblia rota

Miles de seres humanos —o, mejor dicho, millones— han sido bendecidos por medio de la Biblia. Muchas veces una sola hoja o unas líneas sueltas de la misma han sido el germen de un fruto abundante.

En una pequeña ciudad alemana se subastaban diversos muebles y enseres entre los que figuraba una gran Biblia antigua. Pero nadie estaba interesado en adquirirla. Por fin, un tendero hizo una oferta y la consiguió por unos pocos centavos.

El comerciante, de mentalidad práctica, sólo quería usarla como papel de envolver, sin pensar en el gran valor que tenían las hojas de aquel libro, aunque estuviesen sucias y rotas. Dios ha prometido: **“Mi palabra... no volverá a mí vacía”** (Isaías 55:11).

En aquella ciudad vivía un hombre atormentado por la idea de ser culpable de la muerte de un semejante. No podía descansar pensando en ello. A veces oía la palabra «¡asesino!», la cual, por otra parte, estaba grabada como con letras de fuego ante sus ojos.

Un día envió a su hijo a la tienda para comprar algo, y éste volvió con el encargo envuelto en una hoja de la vieja Biblia. De repente, vio ante sus ojos el texto de Hebreos 9:22 : **“Sin derramamiento de sangre no se hace remisión (de pecados)”**. No comprendió este pasaje enseguida, pero anhelaba el perdón de sus pecados y deseaba saber más sobre el particular. Así que mandó nuevamente al muchacho a la tienda.

Mientras tanto, arrancando las hojas a cada pedido, el comerciante había llegado a la primera epístola del apóstol Juan. Cuando el hombre de atormentada conciencia terminó la lectura de esa nueva página, desapareció la tremenda carga que pesaba sobre su conciencia. Entendió que había perfecto perdón para el pecador, la purificación de todo pecado, por cuanto está escrito: **“La sangre de Jesucristo (el Hijo de Dios) nos limpia de todo pecado”** y **“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”** (1ª epístola de Juan 1:7-9).

Estas palabras fueron cual luz que resplandeció en su alma. Al mismo tiempo, entendió que la sangre del Señor

Jesucristo, vertida en la cruz, tiene poder para limpiar de todo pecado a los que confiesan sus rebeldías a Dios. Y una paz perfecta invadió su corazón.

Hasta una hoja arrancada de la Biblia puede señalar el camino de la felicidad verdadera.

La Biblia salvada del naufragio

Durante un fuerte temporal, un barco alemán naufragó cerca de la costa española del golfo de Vizcaya. Días más tarde fueron hallados unos restos del barco hundido y ropas de marineros. En una chaqueta se halló un Nuevo Testamento, en el que estaba escrito:

«Marco Rottmann, Kolkwiese 12, Hamburgo.
Leído por primera vez a solicitud de mi hermana Lotte.
Leído por segunda vez por temor al juicio de Dios.
Leído por tercera y todas las demás veces por amor a mi Salvador Jesucristo».

La Biblia arrojada

—¡Tira eso por la ventana!

Los soldados suelen pasar el rato gastando bromas pesadas y riéndose, sobre todo cuando viajan en tren.

En un rincón del compartimiento estaba sentado un joven recluta, leyendo su Biblia.

—¡Vamos a hacerle una broma a ese santurrón! ¡Tírmosle su libro por la ventana!



En cuestión de segundos, la Biblia yacía al borde de las vías. ¿Se enfadó el recluta? No, tenía un Maestro que había dicho: **“Yo soy manso y humilde de corazón”** (Mateo 11:29). Se puso triste, pero guardó silencio.

Unos días más tarde recibió un paquete con su Biblia acompañada de una carta interesante. Un obrero ferroviario que trabajaba en aquel paraje había hallado el Libro; lo leyó y Dios le habló por medio de ella. Hasta entonces había sentido el peso de sus pecados, pero, al leer las Santas Escrituras, había encontrado verdaderamente al Salvador. El soldado comprendió entonces por qué se había visto privado de su Biblia durante algún tiempo. Una vez más, el diablo había sido derrotado.

La Biblia profanada

En el sur de Francia, un vendedor de biblias regaló un ejemplar del Libro Santo a cierta familia. El dueño de casa la aceptó, pero en seguida arrancó una docena de páginas, con una de las cuales encendió su pipa.

El vendedor de biblias se marchó triste y decepcionado.

Algunos años más tarde volvió a la misma región y visitó nuevamente a esa familia. Acababan de perder un hijo en la guerra y sus pocos objetos personales habían llegado en aquellos días. Entre ellos figuraba un libro. Al



tomarlo en sus manos, comprobó que era la misma Biblia que él había regalado a esa familia y de la que habían arrancado bastantes páginas.

Junto a la portada, el soldado caído había escrito lo siguiente: «Despreciada y profanada, pero al fin creída. Ha sido el instrumento de mi salvación».



La Palabra de Dios permanece para siempre

No es necesario defender a la Biblia, así como tampoco se requiere defender a un león: basta con abrir su jaula y él se valdrá por sí mismo.

Por cierto, la Biblia ataca a los seres humanos, revelándoles la maldad que habita en sus corazones. Por este motivo muchas personas temen a la Palabra de Dios.

Como acomete en lo más íntimo de la conciencia, sin ninguna tregua, se la quiere eliminar. Pero es como si un niño pisoteara un espejo porque le hizo ver lo sucio que era, y pensara que, una vez roto el espejo, dejaría de ser sucio.

Si se pudieran juntar todos los libros escritos contra la Biblia, se haría un montón más alto que la torre Eifel.

Pero, a pesar de todos los ataques, la Biblia permanece intacta. Es la vencedora y sobrevive a todos sus enemigos.

La Biblia más grande del mundo

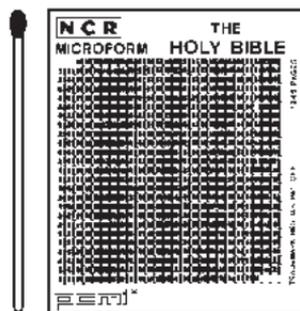
Un ebanista de Los Angeles (California) necesitó dos años, trabajando cada día hasta altas horas de la noche para hacer una Biblia enteramente de madera.

¡Fíjese: una Biblia completa!

Las hojas son de madera terciada de un metro de altura, en las que están grabados los versículos. Ese singular libro tiene 8.048 páginas, pesa 547 kilos y tiene 2,5 metros de grueso.

La Biblia más pequeña

Aquí puede ver usted una diapositiva que contiene el texto completo de la Biblia en inglés (1.245 páginas).



El tamaño se ha reducido al máximo mediante un nuevo procedimiento fotográfico (48.000 : 1).

Esta Biblia sólo se puede leer con un aparato especial o con un microscopio.

Un desafío

¿Usted no cree?

¿Sabe más?

¿Tiene sus propios «conceptos y argumentos»?

Pues bien, entonces voy a desafiarle. Comuníquese usted a la dirección que figura al final de este folleto los nombres de cinco personas que hayan hallado la felicidad por seguir sus propios conceptos y argumentos, las cuales, luego de haber estado perdidas y haberse sentido miserables, hayan sido realmente transformadas en hombres y mujeres rebosantes de felicidad.

Por cada una de las personas que usted me indique, le nombraré otras diez —o sea cincuenta en total— que han sido transformadas por la Biblia. Borrachos, malhechores, impíos o incrédulos que fueron cambiados en hombres radiantes de felicidad y que rebosan de ella de modo inefable.

La Biblia ha obrado un cambio radical en la vida de millones de seres humanos.

La Biblia es como:



PAN

“Éste es el pan que descendió del cielo, para que el que de él come, no muera”.

Juan 6:50



FUEGO

“¿No es mi palabra como fuego? dice Jehová”.

Jeremías 23:29



LUZ

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”.

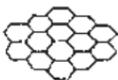
Salmo 119:105



LECHE

“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación”.

1 Pedro 2:2



MIEL

“Los juicios de Jehová son... dulces más que miel, y que la que destila del panal”.

Salmo 19:9-10

ORO

“Los juicios de Jehová... deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado”.

Salmo 19:9-10



ESPEJO

“El que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella no siendo oidor olvidizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace”.

Santiago 1:23-25



MARTILLO

“¿No es mi palabra... como martillo que quebranta la piedra?”

Jeremías 23:29



ESPADA

“La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”.

Efesios 6:17 y Hebreos 4:12



SEMILLA

“Renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”.

1 Pedro 1:23





La Biblia habla

Puede usted leerme siete veces,
setenta veces siete también.
Y, sin embargo, su espíritu aún no comprende
todo lo que está escrito en mí.
Cuanto más busque en mí,
tanto más hallará en mí.
Cuanto más me lea,
tanto más me amará.

Mi carta

La Biblia es como una carta: algo muy personal.
Está escrita para **Mí**.
Todas las advertencias están dirigidas a **Mí**.
Jesucristo murió por **Mí**.
Me ofrece a **Mí** una redención personal.
Si quiero ser salvo por la eternidad, tengo que
aceptarle como **Mi** Redentor personal.

El que no ora...

Se había invitado a un campesino a un banquete. Se le sentó entre comensales distinguidos. Al empezar la comida, nadie manifestó la menor intención de orar. Sólo el agricultor juntó sencillamente las manos para dar gracias a su Padre celestial.

Un habitante de la ciudad, muy seguro de sí mismo, le dijo en tono de burla:

—Amigo mío, allá en el campo, todos ustedes seguramente tienen todavía la costumbre de orar.

—No, señor —contestó el campesino—, los hay que nunca dan gracias.

—Entonces —dijo el otro con aire triunfal— sólo lo hacen los viejos y los anticuados.

—Tampoco. Mire usted, tengo en la pocilga una cerda con siete lechones: ninguno de esos oran. Pero, fuera del ganado, todos en mi casa suelen dar las gracias a su Creador por los alimentos.

Al oír esto, el hombre de la ciudad no supo qué contestar.

“Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”.

Efesios 5:20

Modo de usar la Biblia

Conviene que uno siempre lleve consigo una Biblia, o por lo menos un Nuevo Testamento. Así, en cualquier lugar o momento se podrá aprovechar para leer algunos pasajes (véase Hechos 8:28; Efesios 5:16).

¿Cómo leer la Biblia?

He aquí algunos consejos para los que quieren leer la Biblia con gozo y provecho. En primer lugar: ¡Lea usted la Biblia! No hay que contentarse con echarle un vistazo de vez en cuando. Luego, debe tenerse en cuenta lo siguiente:

- 1 Hay que leer una Biblia con letra clara.
- 2 Es conveniente proponerse seriamente reservar cada día un cuarto de hora para dedicarlo a Dios. El día tiene 96 cuartos de hora; consagre usted uno de ellos al Hacedor del Universo. Es posible que después de poco tiempo no le baste con un solo cuarto de hora (Hechos 17:11).
- 3 No importa mucho la hora elegida. Sin embargo, las noches y las madrugadas suelen ser más tranquilas; por la mañana la mente está fresca y despejada (Salmos 4:8; 5:3; 143:8).
- 4 La Biblia debe leerse con tranquilidad, sin prisas. Hay que reflexionar sobre cuanto se lee.

- 5 Antes de leer, pídale a Dios que le abra el entendimiento. Nadie puede explicarle la Biblia mejor que el mismo que la escribió (Mateo 11:25).
- 6 Durante la lectura, pregúntese: ¿Qué quiere decirme Dios en este pasaje? Léalo como si estuviese expresamente escrito para usted. Es el mensaje de Dios para usted. Al leer las advertencias y exhortaciones piense: «Esto es para mí». Y al leer las promesas diga: «Esto también es para mí» (Gálatas 2:20).
- 7 Conviene tener a mano un lápiz o bolígrafo para subrayar los textos que más le impresionan. Más tarde los encontrará con mayor facilidad. Subraye también las palabras que se repiten a menudo: pecado, perdón, cruz, arrepentimiento, amor de Dios, etc.
- 8 Hable con Dios en oración acerca de lo que ha leído.
- 9 Empiece por leer el Nuevo Testamento. Luego, lea la Biblia entera, capítulo tras capítulo. Cuando la haya terminado, vuelva a empezar de nuevo. Cada vez le parecerá más hermosa y más clara.
- 10 Los textos que le parezcan más importantes, o los de mayor interés, apréndalos de memoria. Más adelante sacará una inmensa bendición (Salmo 119:11).

Abra su Biblia y lea...

- * Si busca la paz: Romanos 5:1-2; Juan 14
- * Si todo ha salido bien:
Salmo 33; 1 Timoteo 6; Santiago 2:1-17
- * Si inicia una nueva actividad: Salmo 1; Proverbios 16
- * Si quiere tratar correctamente a sus semejantes:
Romanos 12
- * Si tiene preocupaciones familiares: Salmo 121; Isaías 40
- * Si está desanimado: Salmos 23, 42 y 43
- * Si aumenta el desamparo: 2 Timoteo 3; Hebreos 13
- * Si sus amigos le abandonan: Mateo 5; 1 Corintios 13
- * Si se le presentan diversas tentaciones:
Salmos 15, 19, 139; Mateo 4; Santiago 1
- * Si se siente agobiado por los acontecimientos:
Salmos 34 y 71
- * Si está cansado: Salmo 75:1-7; Mateo 11:28-30
- * Si no puede dormir: Salmos 4, 56 y 130
- * Si ha tenido una riña: Mateo 18; Efesios 4; Santiago 4
- * Si quiere alcanzar perdón: Lucas 15; Filemón
- * Si está enfermo o tiene dolores:
Salmos 6, 39, 41, 67; Isaías 26
- * Si su fe es débil: Salmos 126, 146; Hebreos 11
- * Si le parece que Dios está muy lejos:
Salmos 25, 125, 138; Lucas 10
- * Si se siente solo y vacilante: Salmos 27 y 91; Lucas 8
- * Si tiene miedo a la muerte: Juan 11; 17; 20; 2 Corintios 5
- * Si ha pecado: Salmo 51; Isaías 53; Juan 3; 1 Juan 1

